

de p

LA NOVELA FILM

N.º 47

30 ets.



LA AVENTURA DEL VELO

3
LL 806

La Novela Film



Imp. Vda. de J. Sanjuán Vila
Urgel, 7. - BARCELONA

LA NOVELA FILM

Redacción } Lauria, n.º 96
Administración } BARCELONA

Año II

N.º 47

Prohibida la
reproducción

THE VEILED ADVENTURE

1913

LA AVENTURA DEL VELO

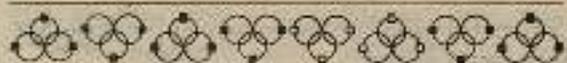
Finísima comedia,
interpretada por la
gentil artista

CONSTANCE TALMADGE

secundada por el
simpático galán

HARRISON FORD

PROGRAMA  REALART
DISTRIBUCIÓN EN
BARCELONA



LA AVENTURA DEL VELO

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Luisa Barker, joven rica y soltera... pero prometida, había tenido un sueño de mal agüero. Había soñado que su velo de novia era gris y la envolvía, la ahogaba...

Y al día siguiente, yendo de pasco en automóvil, vió con horror que de un bolsillo del gabán de su novio salía un velo gris... ¡como el de la pesadilla!

Luisa se apoderó del citado velo, ocultándolo en su monedero, sin que Eduardo, su futuro, lo notara.

La boda de Luisa debía realizarse en aquella misma estación próxima a terminar. Todas sus amigas la envidiaban por haber podido conquistar — sin demostrar ningún deseo — al opulento Eduardo, uno de los hombres más ricos de la ciudad.

Luisa vivía con su padre, don Tiburcio Barker, viudo, y sus dos hermanos Fred y Diana.

Los cuatro pasaban temporada en su soberbia finca junto al mar.

Los hermanos de Luisa no veían con buenos ojos el próximo matrimonio de ésta con Eduardo, pues tenían la convicción absoluta de que entre ellos no había amor.

Un tercero vino a sumarse al parecer de los hermanos de la novia: la señorita Eva Gardier, amiga de los Barker, que había sido invitada a pasar unos días con ellos.

La casa de los Barker estaba regida por doña Melanesia Montroso, una viuda cuyo ardiente deseo era pasar de administradora a propietaria.

Si bien a don Tiburcio le interesaba doña Melanesia como administradora... y su poquito también por las atenciones de que le hacía de continuo objeto, a los jóvenes Barker les era singularmente antipática.

La que más manía de aversión le demostraba Luisa; razón por la cual doña Melanesia se complacía en mortificarla, siempre que podía basarse en algo, con sus observaciones.

De regreso Luisa en su casa, después del paseo en "auto" con Eduardo, don Tiburcio se interesó por conocer la fecha en que se podría anunciar oficialmente la boda.

—Aun no lo hemos decidido... Puede que eso se pueda comunicar la semana que viene —contestó Luisa.

—El matrimonio es una cosa seria... ¿Estás completamente decidida? —intervino doña Melanesia.

—¿No lo estaba usted cuando se casó?...

Con permiso. Voy a saucar a mi amiga Eva.

Doña Melanesia siguió platicando con don Tiburcio, pero desvió la conversación de antes hacia Luisa.

—Deseo que Eduardo la haga feliz... y la cure de esta manía de "dar lecciones" a todo el mundo.

La amiga de la casa, la gentil Eva, después de los besitos y abrazos propios de dos buenas íntimas, le dijo a Luisa, para quitarse de encima lo que sabido es no saben las mujeres guardar: un secreto:

—Eduardo va cada día a la clínica de belleza de *madame* Hortensia y no hace gasto alguno. Entra allí en calidad de amigo... "distinguido" de la casa.

Luisa, que tenía sus recelos respecto a la fuerza del querer de Eduardo, concretó:

—¿Estás segura de lo que has dicho?

—Completamente. Es el comentario actual entre los asiduos de aquella casa.

Durante el resto del día no pudo Luisa apartar de su espíritu la sospecha de la "infidelidad" de Eduardo.

Por su parte, Fred le decía a su padre:

—He recibido carta de mi antiguo discípulo Dick Annesly, ganadero en el Oeste. Llegará un día de estos para descansar una temporada. Si tú no tienes inconveniente, le invitaré a pasar unos días con nosotros.

—Como quieras, muchacho —respondió don Tiburcio.

Por la noche, antes de acostarse, Luisa vol-

vió a ocuparse del asunto del velo gris. Lo contempló en su cuarto, y empezó a ver claro. El velo debía ser de *madame* Hortensia... Si lograba probarlo, despreciaría a Eduardo, pero no sin darle antes una severa "lección".

Lo primero que hizo fué apartar de su vista el retrato del "infel", y como ella era una mu-



Lo primero que hizo fué apartar de su vista el retrato del "infel"...

jer impulsiva, en veinte minutos ideó un plan. Al día siguiente, Luisa se presentó en el gabinete de belleza de *madame* Hortensia. Pero antes de hacerlo, dijo a un muchacho escogido para ello:

—Yo entro ahora, y mientras le hablo a la

dueña, entras tú y le entregas este paqucito, disimulando que me conoces.

El muchacho "hizo" muy bien su papel: el paqucito fué oportunamente entregado a su destinataria en el momento en que Luisa le adquiría algunos productos de belleza.

Madame Hortensia no pudo diferir el enterarse del contenido del paquete, y al ver que en él había el velo, escapó por sus labios la revelación que Luisa deseaba oír para obrar.

—Es mi velo... Creí que no me lo enviaría.

Entonces Luisa, decidida a desenmascarar por sí misma a Eduardo, manifestó a la francesa:

—*Madame* Hortensia, deseo trabajar en su casa, una semana por lo menos. Tengo el capricho—nada de querer hacerle la competencia—de saber todos sus secretos... profesionales.

—Tendrá usted que trabajar mucho si quiere saber todos mis secretos... en una semana.

No importa: trabajaré. Seré su dependiente en la tienda y haré todo lo que sea: despachar, dar masajes en los gabinetitos, arreglar las uñas, hasta a un carbonero si es preciso; en fin, lo que haya que hacer.

—Sí que es un capricho. Pero...

—No; nada de sueldo. Yo le pagaré a usted más o menos bien, según el resultado de mis estudios.

—Como guste. Quédese, pues. Es decir, empiece cuando usted quiera.

Luisa comenzó a trabajar inmediatamente.

Así no perdía el tiempo... y se ahorra ir a pedir permiso a su padre.

Sin embargo, telefonó a su hermana Diana como sigue:

—Me he colocado en casa de la *madame* a quien Eduardo visita más de la cuenta. Ya debes suponer el motivo. Espero cogerle en el garlito. No pases ningún cuidado por mí. Ya sabes cómo soy... ¿Qué dices?... No, no volveré ahí por ahora. Dormiré en nuestra casa de la ciudad. Explicáscelo todo a papá, te lo ruego.

Y al día siguiente, a primera hora, ya estaba Luisa en la tienda enterándose de los "trucos" del negocio.

Una dependienta, a quien no se le ocultó que Luisa era una "hija de casa rica", no pudo menos de decirle:

—Se ve que es usted muy caprichosa. ¿A quién se le ocurre venir a trabajar aquí? Si yo fuera de usted, estaría en casa o en "auto", dándome buena vida.

—¡Bah! También causa la "buena vida".

Luisa desempeñaba su papel sin tropiezo alguno. Cualquiera aseguraría que no había hecho otra cosa desde que tuvo edad de ganarse las alubias.

El caso cierto era que sabía complacer a todas las clientas y que éstas se marchaban de la tienda convencidas de que con los productos que les recomendaba Luisa verían cumplidos sus anhelos de rejuvenecimiento sin recurrir

a los injertos de glándulas descubiertos por un diabólico doctor.

—No sé si lo que usted me ofrece será eficaz. Mi hermosura era radiante, hasta que el clima asqueroso de este país me destruyó el cutis — plañíase una vieja muy amiga de Matusalén.

—Con esta crema — respondiéndole Luisa — volverá usted a tener una cara deslumbradora. Yo la uso, y fíjese. Haga el favor de mirar mi cara. ¿Ha visto usted raso más fino?

Entre tanto, Fred recibía en su despacho la visita de su discípulo Dick, recién llegado del Oeste, bien distinto del joven elegante que era antes.

—¡Chico, qué cambiado! Si pareces otro...

—Tienes razón, Fred. Como hace tanto tiempo que trato en ganado allá en mi hacienda. Va ardiendo en deseos de volver a ponerme mi olvidado frac. Lo haré luego.

—Pagarle unos días en mi casa... Quiero que conozcas a mi familia. Estamos todos en nuestra finca del borde del mar, que tú ya conoces.

—Acepto gustoso, pero primero déjame que me transforme y que me pase papel de lija por las manos.

Luisa seguía "despachando".

—Llegué a tener el pelo casi como el mío... Parecía una rata vieja. Ahora lo llevo teñido y cuidado con los procedimientos de la casa... ¿Ha visto usted algo tan hermoso?—le decía a una parroquiana que estaba desesperada porque se quedaba calva.

Sin embargo, el que más le interesaba que llegase no aparecía. Y Luisa se preguntaba: "¿Por qué no vendrá Eduardo?"

Diana fué a ver a su hermana, para entregarle el siguiente telegrama:

Señorita Luisa Barker. — Villa Barker. — Nueva Orleans.

Marchado precipitadamente debido negocios. Regresaré día fijado anunciar esponsales. — Eduardo.

— ¡Negocios! Esta vez también se ha burlado de mí — comentó Luisa, enojada —. Le creía fresco, pero no "polar".

— Supongo que ahora dejarás esto y volverás a casa, ¿verdad?

— Todavía no. Estoy segura que Eduardo no ha salido de la ciudad. Además, aquí me divierto mucho.

— Papá, indudablemente bajo el consejo de esa cursi doña Melanesia, quería prohibirte que hicieras lo que haces... pero yo le dije: "Déjala, papá: trata de defender su felicidad conociendo, antes de que ya no sea tiempo de corregir un error, al que ha de ser su marido." Y papá dijo: "Luisa es una locuela. No le diré nada, por esta vez, pero que no sea larga la investigación a que se ha lanzado."

Partió Diana, admirada de las ocurrencias de su hermana, y a poco Luisa volvía a sus interesantes ocupaciones.

Entraron en la tienda una pareja de antiguos enamorados. Ella, más gorda que el premio mayor de la lotería de Navidad y con sus cin-

cuenta completos; él, mediano en todos los sentidos, rondador de los cincuenta y pico.

— Desearía que me indicara un tratamiento para llegar al peso de usted... Desde luego no me hable usted de régimen — dijo la obesa señora a Luisa.

— Con los procedimientos de esta casa llegará usted a pesar lo que quiera. Yo pesaba más de cien kilos, y mireme ahora... ¿Ha visto usted un vejato más ligero que yo?

— ¿Quieres que entre a ver qué es eso? — preguntó la clienta a su marido, que se fijaba más en Luisa que en su "costilla".

— ¿Qué contestas, tú?

— ¡Ah! ¡Yo?... Sí, mujer. Ve, si te place...

— Espérame aquí.

Luisa desapareció con la señora hacia un gabinete de baños de vapor, la hizo encerrar en el cajón del baño, y ¡bala! a sudar.

— Estoy deseando ser hermosa otra vez... Sólo pensar que él pueda mirar a otra mujer, es un suplicio horroroso. Créame que sufro una barbaridad!

— ¿Será el calor?

— No, no... Lo digo por él.

— Nada tema ya. Sude resignadamente y no se arrepentirá usted. Voy a convertirla en una sílfide.

Mientras otras dependientas se encargaban de torturar, con fuertes masajes, las carnes de la "niña" que pretendía adelgazar, Luisa volvió a la tienda, donde encontró al marido de aquella leyendo este aviso de la casa:

PARA PERMANECER ETERNAMENTE JOVEN
Este aviso lo necesitan tanto mujeres como hombres.

Con los procedimientos de MADAME Hortencia, conservaréis vuestro cutis sin manchas, limpio de las impurezas consadas por los años o las vicisitudes del tiempo.

—¿Yo también puedo "arreglarme"? — inquirió el cincuentón.

—Sí, señor. Todos los que vienen a esta casa salen de ella con diez años menos encima.

—Oiga... ¿Quiere que probemos conmigo?

—Ya lo creo. Pase... Siéntese en este sillón mecánico. Échese hacia atrás. ¿Ve usted? Con esta pomada le quedará un cutis niveo... Primero se aplica en la cara... se frota...

—¿Uy!

—No hay rosa sin espinas, ya se sabe...

—Después de frotar, unos paños calientes...

—¿Cáspita! Esto quema...

—Ya le dije que eran calientes.

—Y ahora... ya está. ¿Qué le parece a usted? Casi se le puede confundir con un soltero.

—¿Usted cree?...

—Casi...

—Es usted un encanto. Jamás tocaron mi cara manos tan hermosas.

—¿Ah, sí? — gritó de pronto la esposa apenas "servida".

—Me caí — pensó el marido.

Luisa se disponía a partirse de risa.

—Después de todo lo que he sufrido para ser hermosa para ti, seguirás siendo el hombre

de la más brutal ingratitud — prosiguió la furiosa mujer. Y dirigiéndose a Luisa — ¡Haga el favor de no tocar a mi marido, ¡lagarta!

—Pero señora... no me lo voy a comer.

—No digo que no si usted pudiera.

—No seas tan celosa, Cirila... Es ridículo...

—Ya me dirás eso en casa, Sisbulo, y como no me des cumplidas satisfacciones, pediré el divorcio. ¡Ya estoy harta de ti, conquistador!

—¿Pero te parece bien vocear aquí de esta manera?

—No me contestes, mal marido. ¡Ay, que me da, que me da!

—Por Dios, señora; salgan ustedes. Si le ha de dar algo, será mejor que le dé ahí fuera.

—Usted se mete en lo que le importa, eso es. Pasa, "coqueto", pasa.

Al fin se fueron. Luisa se desabrochó el corsé para reírse desahogadamente.

En esto llegó Dick en la tienda, vestido ya a la moderna.

—¿Se encuentra usted con muchos casos semejantes?... — bromó con Luisa refiriéndose a la original pareja que vio salir discutiendo.

—En la vida se ven tantas cosas, señor, que una ya no hace caso de nada.

—Sí, ¿verdad?

—Dígame, señor, ¿en qué puedo servirle?

—He venido a que me hagan la manicura.

—¿Quiere usted pasar allí? Se la haré yo misma.

Luisa se esmeró en su trabajo, y antes de que ella hubiera acabado de arreglarle las uñas

(y a fe que con las manos que el cliente llevaba duró rato). Dick sintió en el alma tener que ser presentado por Fred — que lo esperaba a una hora determinada — a su familia aquella misma tarde.

Luisa también se había fijado en lo agradable que era Dick. Ello era prueba de que sus gustos coincidían.

Pocas horas después, en el hogar de los Barker, Dick, presentado a don Tiburcio, a Diana, a Eva y finalmente a doña Melanesia, se veía "acaparado" por esta última, que llegó incluso a atreverse a aislarse con él, con este pretexto:

—El señor Dick viene conmigo para instruirme en todo lo referente a la explotación de su rancho del Oeste.

Don Tiburcio, algo celosillo de la avidez con que era tratado el visitante por doña Melanesia, hizo una mueca de desagrado al verla alejarse con aquél.

Diana, "muy despierta", comprendió la idea — mala idea — de la administradora del hogar.

—Esa mujer es terrible. Su obsesión es cazar a papá, y ahora utiliza a Dick para darle celos — dijo a Eva y a Fred. Y añadió —: Avisaré a Luisa para que venga inmediatamente. Ella lo arreglará todo.

—He aquí lo que le telefonó:

—Fred ha traído un amigo que debe pasar varios días con nosotros, y doña Melanesia lo ha capturado. Ven en seguida y libralo de sus garras.

—¿Es joven el amigo de Fred?

—Sí, y buen tipo... y guapo, chica, muy guapo.

Entonces no me haré esperar. Parto hacia vosotros ahora mismo.

—Dos horas más tarde Luisa llegaba a su finca.

—¿Dónde está el inocente corderillo al que debo salvar?

—Míralo, Luisa. Salta a la vista que la compañía de ese "métese en todo" le aburre soberanamente.

—Pues vais a ver qué pronto se lo quito yo. Anda, Fred, preséntamelo.

—No jugaréis con él, queridas. Dick es un hombre serio que detesta la frivolidad.

—Eso corre de mi cuenta — respondió Luisa.

—Espera, mujer. Antes de entrar en juego, ya que te empeñas en ello, bueno será que sepas quién es él... Recuerdo que en el colegio era de ideas tan exageradas, que jamás nadie pudo sorprenderle la más inocente mentira.

—¿Qué atrocidad!

—Una vez supo casualmente que la esposa de un amigo a cuya casa iba con frecuencia, quitaba dinero a su marido. Pues bien, dejó de visitarles porque su carácter le hubiera obligado a descubrirla.

—¡Ese hombre es un caso! Preséntamelo en seguida, Fred.

—Ven... Con permiso, doña Melanesia... Dick, voy a presentarte a mi hermana Luisa.

—Muy honrado.

Pero al verse frente a frente, Luisa y Dick quedaron "petrificados". No obstante, no de-

jaron ni uno ni otro que su sorpresa trascendiera a los demás.

Doña Melanesia no estaba precisamente contenta.

Aprovechando un momento oportuno, Luisa susurró a Dick, que estaba encantado:

—Le ruego que no diga dónde nos hemos



—No jugaréis con él, queridas. Dick es un hombre serio que detesta la frivolidad.

conocido... Papá no quiere oír hablar de ese asunto. Cosas de la vida, ¿sabe?

—Seré un sarcófago, señorita.

Habían pasado veinticuatro horas.

Fred, cómplice de sus hermanas y de Eva

—que le gustaba más que un dulce—, invitó a Dick a ir con ellas y él también, ¡claro!, al cine.

Por supuesto, doña Melanesia no sería de la partida.

Luisa, mientras tanto, preparaba, con su hermana y su amiga, la trampa donde había de caer Dick.

—Ardo en deseos de dar una "lección" al hombre que no tolera... ni la más pequeña mentira. Voy a emprender su conquista y luego simularé algún robo. Así veremos si es un superhombre.

Diana y Eva asintieron a todo, entusiasmadas ante la "divertida" aventura en puerta.

Luisa no quería perder el tiempo. Su idea tenía que vencer... o fracasar al tercer día— fecha máxima— de ponerla en práctica.

Como Dick estaba en "cargante" plática con doña Melanesia, fué a "robárselo" a ésta, causándole el consiguiente enojo. Porque la viuda, además de dar celos a don Tiburcio, "flirtaba" para su placer con el ganadero, cuya juventud y riqueza eran dos cosas muy apreciables. No era tanta la "vieja".

—¿Quiere usted ir a dar una vuelta por el jardín...? Está precioso a la luz de la luna! —propuso Luisa a Dick.

—La noche está húmeda y en el jardín hace frío— dijo con oculta, pero clara intención la viuda.

Pero Luisa, muy oportuna y rápida, respon-

dió, a la par que asiéndole del brazo se alejaba con Dick hacia el jardín:

—Sí... a su edad es preciso cuidarse.

El chasco no podía quedar impune. Pronto se lo demostraría a Luisa, doña Melanesia.

En el perfumado ambiente, frente al inmenso y rumoroso mar, en que Dick y Luisa



...ella inquietó el alma del joven con sus miradas.

se aislaron, ella inquietó el alma del joven con sus miradas.

—Qué casualidad, tan grata para mí, que nos hayamos encontrado aquí. No sé por qué, mientras usted me hacía la manicura en el gabinete de *madame* Hortensia, pensaba que si

todas las empicadas de aquella casa eran como usted, el todo Nueva York masculino sería parroquiano.

El pipopo agradó mucho a Luisa, que treboló su coquetería.

Fred, presenciando desde lejos, con Diana y Eva, la escetita bajo la caricia de la luna, de la que eran protagonistas Luisa y Dick, preguntó a aquéllas:

—¿Pero Dick sabe que Luisa está prometida?

—No, no se lo ha dicho... Quiere llevar la broma hasta el fin —dijo Diana.

—Me estáis comprometiendo... A ver si luego Dick se enfada conmigo...

—Deje a su hermana Luisa hacer lo que quiera, Fred —dijo a su vez Eva— Usted no puede ser responsable de lo que ella haga con su amigo de usted.

—Sí... claro... Sin embargo, supongamos el efecto que me causaría a mí un desengaño con la mujer de la que yo me enamora. Sería desastroso. Imagínese, Eva, que yo a usted...

—Eso sería distinto, Fred...

Rencorosa, doña Melanesia cometi6 la osadía de interrumpir la agradable plática que sostenían Luisa y Dick. Se mezcló en la conversación, sencillamente, naturalmente, "frescamente".

—¿Luisa ya le ha comunicado su secreto? —preguntó a Dick, fusilando con los ojos a Luisa.

Pero ésta fué hábil.

— Quiere hacerle saber lo de la tienda — díjole al oído a Dick, quien contestó:

— No, pero ya lo supe antes de conocer a ustedes.

Desconcertada y ansiosa de mortificar a Luisa, doña Melanesia se acogió a un "truco" para impedir que los dos jóvenes continuaran solos en el jardín.

— Se me ha torcido un pie... ¿Quiere usted darme el brazo, señor Dick?

— ¡Cómo fué eso, señora!...

— Y usted también, Luisa. Haga el favor de ayudarme por este otro lado.

Así, de vuelta al salón, se vieron separados Dick y Luisa.

Esta, reuniéndose con sus hermanos y amiga, prometió arreglarle las cuentas a doña Melanesia.

— Ha fingido torcerse el pie... ¡pero yo le retorceré el pescuezo de veras!

— Esa mujer es el demonio con falda — dijo Diana.

— A mí cada día me resulta más insoportable. Sólo me quedan dos días para dar la lección a Eduardo, a Dick y a ella misma... ¡y es horroroso tener que luchar con esa entremetida! Pero ya veréis cómo voy a aprovechar los minutos.

Al día siguiente.

En la residencia de la familia Barker había ocurrido algo grave.

— Papá, ¡me han robado mi collar de perlas! — exclamó llorosa Diana.

— Y mis sortijas y el brazalete de záfiro! — plañióse Eva.

— Esto es gravísimo. No digáis nada. Haré montar un servicio de vigilancia.

Luisa, en su cuarto, contemplaba el velo gris que la puso en el camino de la verdad acerca de la conducta de Eduardo, y que si bien lo hizo devolver a *madame* Hortensia, se lo quitó sin que ella lo advirtiese, en la tienda.

Algo le inquietaba mucho.

¡La comida para celebrar el anuncio de su boda debía efectuarse al día siguiente!

Inesperadamente, se oyó la voz en grito de don Tiburcio:

— ¡Del bolsillo de la americana me han robado quinientos dólares!

— ¿No sospecha usted de alguien? — preguntó doña Melanesia.

— No, no sospecho de nadie; pero eso no es obstáculo para que tome precauciones ahora mismo.

— Sin querer ofenderle, he sospechado un momento del señor Dick...

— ¡Imposible!... Es un antiguo amigo de Fred.

— No obstante... no le perderé de vista.

Don Tiburcio, al oír expresarse de ese modo a doña Melanesia, se dijo que sus celos eran infundados, pues una mujer que siente un poco de interés hacia un hombre, no se atreve a poner en evidencia delante de los demás su honradez, y mucho menos en casos como aquel. Pero la viuda había procedido así precisamente

para alejar toda sospecha de interés por parte de ella hacia Dick y dejarse cortejar por el ganadero, instigándole a ello, para ver de conseguir enamorarle de veras. ¿No era tonta la vieja, eh?

Sin advertir de ello a su familia, don Tiburcio mandó instalar en su habitación un timbre de alarma.

Eduardo, por su lado, no se aburría. *Madame* Hortensia era su "amiga" a la vista de todos.

Aquel día, le había extrañado mucho enterarse por su "intima" que ya le había devuelto el velo. ¿Qué significaba aquello? Él recordaba perfectamente que ese velo se lo había olvidado en un bolsillo del gabán... y que sin saber cómo desapareció de su poder...

Llegó la noche.

Cuando Diana, Eva, doña Melanesia y don Tiburcio se hubieron retirado y los dos amigos, Fred y Dick, consumieron el último cigarro de la noche, una sombra penetró en la habitación de Dick.

¿Ladrones?

Cuando Dick entró a su cuarto, distinguió la misteriosa sombra en la obscuridad del mismo, y, dando la luz, se abalanzó a ella.

—¡Oh! ¡qué vergüenza!—exclamó el "ladrón".

Era Luisa.

Dick no volvía de su asombro.

—¿Usted?...

—¿Perdón!... Tengo una deuda en la tien-

da... Papá no quiso ayudarme... Robé las joyas de mi hermana y de Léva... ¡y el dinero del bolsillo de papá!

—Pero...

—No sabe usted cuánto lamento haber descendido a tanto. Y... quiero confesárselo todo... ¡Iba a robar a usted!

—¿Por qué no pidió ayuda a Fred... o a mí, antes de hacer eso?

—Por favor, no diga nada a papá... ¡Prométalo!

—Lo prometo... Pero prométame usted que devolverá todo lo robado.

—No podría... ¡Me da miedo!

—Bien. Démelo todo. Yo lo devolveré sin que nadie sepa nada.

Espera. Voy a buscarlo a mi cuarto.

Luisa fué a pedir a Diana y Eva las joyas que les había "robado", diciéndoles:

—El proyecto número uno está en marcha. El hombre íntegro ayuda al ladrón y lo oculta.

A poco volvió Luisa al cuarto de Dick, a quien entregó el collar de perlas y todo lo demás "robado", simulando siempre un gran remordimiento.

—Tranquílese, señorita. A primera hora lejaré cada cosa en la habitación de su respectivo dueño.

—¿De veras hará usted eso por mí?

—No le quepa a usted duda de que sí... y luego hablaremos de su asunto... y lo resolveremos favorablemente.

—Gracias...

—Ahora, márchese a descansar... y descansen... No tema nada, Yo lo arreglaré todo.

Al ir a salir del aposento de Dick, Luisa vió a doña Melanesia que desde el umbral del suyo los observaba.

—¡Oh! ¡Ésa mujer nos ha visto juntos... en su cuarto de usted!—exclamó por lo bajo Lui-



—Ahora, márchese a descansar... y descansen... No tema nada... Yo lo arreglaré todo.

sa retrocediendo y ocultándose.

Asombrada, a la viuda le faltó el tiempo para ir a enterar a don Tiburcio del "escándalo".

—¡Antipática mujer!... ¿qué se habrá figurado de mí?—dijo Luisa a Dick.

—No se apure, señorita... El caso es serio,

en verdad, pero ya encontraremos un subterfugio para que salga usted de aquí sin ser vista.

—¡Sí, sí; ayúdeme a salir en seguida!

—Espere... Voy a salir, por si esa señora se acerca, la cogeré por mi cuenta, y en cuanto yo avise, huya usted.

Doña Melanesia volvió, y entonces Dick, yendo a su encuentro, la obligó a conversar con él.

—Hace una hermosa noche... ¿verdad?

—Por Dios, señor Dick, no me comprometa usted ahora a mí. Don Tiburcio, que se está vistiendo, vendrá ahora mismo... y nos hallará a todos.

Dick, antes de que llegara el padre de Luisa, estrechó contra su pecho la cabeza de la entrometida viuda, y dijo a Luisa que se pusiera en salvo.

Así lo hizo la joven, y cuando don Tiburcio apareció, vió a doña Melanesia "abrazada" a Dick.

Luisa, oculta, se divertía de lo lindo.

Severísimo, don Tiburcio hizo separar con su presencia a la "enlazada" pareja.

Doña Melanesia no sabía qué decir.

—¿Podrá explicarme por qué la encuentro en los brazos del señor Dick?—preguntó ceñudo a la "culpable".

—¡Ah, don Tiburcio! ¿Por qué no le pide usted a él que se lo explique?

Dick, muy sereno, dijo:

—Siempre creí que en estos casos el hombre debe callar...

— Esto no ha de quedar así. Hágame el favor de venir conmigo, don Tiburcio. Luisa está así con este joven. Ahora habrá salido y debe desnudarse en su cuarto.

Don Tiburcio siguió a la viuda y entró con ella en el cuarto de Luisa.

La hallaron dormida (?)



Luisa, oculta, se divertía de lo lindo.

En un santiamén habíase despojado de sus ropas y se metió en la cama unos segundos antes de la llegada de la "espía" con el padre intrigado.

— Luisa está dormida. Usted la ha acusado para ocultar su propia falta. Ya comprendo su juego... pero no se saldrá con la suya.

Y don Tiburcio se disponía a reintegrarse al descanso no sin antes censurar su conducta a la viuda.

Esta, convencida de que Luisa no dormía, quedóse contemplándola un instante. Como su padre no la podía ver, Luisa guiñó el ojo a la burlada mujer, como si quisiera decirle:



...Luisa guiñó el ojo a la burlada mujer...

"¿Qué te parece, estúpida vejistoria?"

Iracunda, alcanzó a don Tiburcio en el pasillo.

— ¡Entre usted otra vez! ¡Finge dormir!

— Ya he visto bastante; y desde ahora procure que su conducta no sirva de mal ejemplo a mis inocentes hijas.

Y la viuda con ribetes de soltera, comprendió que difícilmente Luisa perdería su afición a dar lecciones.

Uno de los tres proyectos ya había sido llevado a cabo. Faltaban los otros, los más difíciles quizá.

A la mañana siguiente.

Los Barker y la viuda se desayunaban. Dick había pretextado estar indispuerto, para faltar a la mesa y poder devolver lo "robado" por Luisa a los cuartos de sus respectivos dueños.

Luisa había encargado a su hermana y a Eva que vigilaran a doña Melanésia si ocurría algo.

En efecto, ocurrió, más de lo que ella se había figurado.

Don Tiburcio se levantó prestamente de su silla y corrió a su cuarto. Había sonado el timbre de alarma que hiciera instalar. Dick no lo sabía y fué sorprendido con los quinientos dólares en la mano y las joyas.

—Así... ¿era usted el ladrón?— culpóle don Tiburcio.

Luisa lo escuchaba todo desde un escondrijo.

—Jamás robé nada a nadie... Precisamente estaba aquí para devolver a usted lo que le fué robado.

—¿No le parece a usted que es un delito repugnante apropiarse lo ajeno?

Ni en aquel momento vaciló Dick un instante en cumplir su promesa de no descubrir a la culpable.

—Y ahora, abandone mi casa inmediatamente. Si no procedo contra usted es por respeto a la amistad que hasta hoy le profesó mi hijo.

Dick se dispuso a partir.

Mientras hacía sus maletas, Luisa confesó a su padre toda la verdad, y don Tiburcio, indignado al principio, pero al fin vencido por los



Luisa lo escuchaba todo desde su escondrijo.

mimos de la coqueta, quería a toda costa dar toda clase de excusas a Dick.

Luisa se negó a que tal hiciera, encargándose ella misma de arreglar aquel asunto.

Y cuando Dick se marchaba, le salió al paso para decirle con misterio:

—Espéreme en la playa. Necesito hablar con usted.

La entrevista fué agradable para ambos jóvenes.

Ella se "empañaba" en arriesgarse a ser arrojada de su casa por su padre, confesándole que ella era la "ladrona", pues no podía con-



...Luisa confesó a su padre toda la verdad...

sentir que Dick fuese acusado injustamente.

Dick le contestó así:

—No necesita usted explicarle nada. Es mejor que me siga creyendo culpable... Así le aborrazará un serio disgusto.

Y llegó lo que temía que llegar. Dick, enamorado de veras, estrechó a Luisa entre sus

brazos y le pidió que fuera su esposa.

—Papá no me lo permitiría nunca— dijo ella.

—Pues si usted quiere, toda vez que estamos en circunstancias tan especiales... ¿nos fugamos?

Y en pocos minutos quedó acordada la fuga con todo detalle. El la iría a buscar a las ocho



—Espéreme en la playa. Necesito hablar con usted.

de la noche.

De nuevo entre su hermana y Eva, Luisa les dijo:

—Dick, el hombre íntegro, está perdido. ¿Va a fugarse con una mujer embustera y ladrona!

—¿Has accedido a ello?... ¿Y tu novio?

—Sí, he accedido... y ya no es burla... ¿Le amo!

—¿Le amas?

—Sí. Mi situación es divertida. Convento escaparme con un hombre a la misma hora que debo prometerme a otro.

—Deja en paz al pobre Dick... No te preocupes por él... Nosotras le haremos olvidar sus penas.

Más Luisa empezaba a pensar seriamente que Dick era diferente de Eduardo y de la clase de hombres que hasta entonces había conocido...

A la hora de la cena, Luisa salió al encuentro de Dick, que la esperaba con un "auto".

—Venga—le dijo—. No tenga ningún reparo.

Dick la siguió. Entraron en la casa, por la puerta del jardín, al que daba el comedor, engalanado aquella noche, y lleno de invitados.

Luisa se sentó al lado de Eduardo, allí presente, después de su "viaje de negocios".

Dick no sabía lo que le pasaba. ¿Qué relación tenía todo aquello con su fuga?

Don Tiburcio, dirigiéndose a él, con una copa en alto, le habló así:

—Nuestro más querido amigo, tengo el honor de anunciarle la boda de mi hija Luisa con don Eduardo Crocker.

Dick miró con tristeza a Luisa, y aproximándose al novio tendióle una mano.

—Mi enhorabuena. Se lleva usted la mujer más encantadora del mundo.

Y, creyéndose presa de una alucinación, marchóse.

Pero Luisa había podido decirle que la esperara en la playa, como por la mañana.

Y, ahora viene lo gordo, Luisa, delante de todos, dió calabaza a Eduardo.

—Tome el anillo de prometaje. Puede confi-



—¿Qué dice usted, Luisa?

tarlo. No quiero que por mí destroce usted el corazón de ninguna mujer.

—¿Qué dice usted, Luisa?

—Supongo que no querrá oír lo que sabe mejor que yo... "No me gustan los velos grises".

Eduardo no quiso "saber" más.

Poco después Luisa y Dick se reunían en la playa.

—; Perdóneme, Dick!... He sido cruel y débil a la vez... Necesitaba dar una lección a Eduardo y quería darle otra a usted...—sinceróse Luisa—pero usted me la ha dado a mí. ; Se me acabó la manía de dar lecciones a todo el mundo!

Y como Dick vacilara:

—; Dick! ; Dick! ; No me entiende usted?... Es violento decirsele, pero es cierto... ; le amo!

—; Es eso real, Luisa, mi vida?

—; No lo ves, Dick?

Ella le echó los brazos al cuello y... no quieren ustedes saber más. Cada cual hace en estos casos... lo que puede.

FIN

Revisado por la censura militar

Próximo Número

LA ALTAMENTE SENTIMENTAL NOVELA

ALMAS DIVORCIADAS

GRAN ASUNTO DRAMÁTICO

PROTAGONISTA

IVY DUKE

EXCLUSIVA DE

LEVANTISCHE FILMS

POSTAL REGALO: GERALDINE FARRAR

Interesantes ilustraciones fotográficas.

PRECIO 30 CTS.

LA NOVELA FILM, sale todos los martes en toda España.

Colectores completas y números sueltos alizados a precios corrientes, de venta, en LA SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA de LIBRERÍA, S.A. BARBARA, 16-BARCELONA, en sus Agencias de Provincias y en todos los Kioscos de España



¿Ha comprado usted ya el quinto volumen de la

BIBLIOTECA FEMENINA

LA NOVELA FILM

Los Hijos de París

La Novela de una Obrera?

¡Pida esta obra en todas partes!

Recuerde los números anteriormente publicados:

La Mendiga de San Sulpicio

La Madona de las Rosas

Los Diez Mandamientos

Honrarás a tu madre

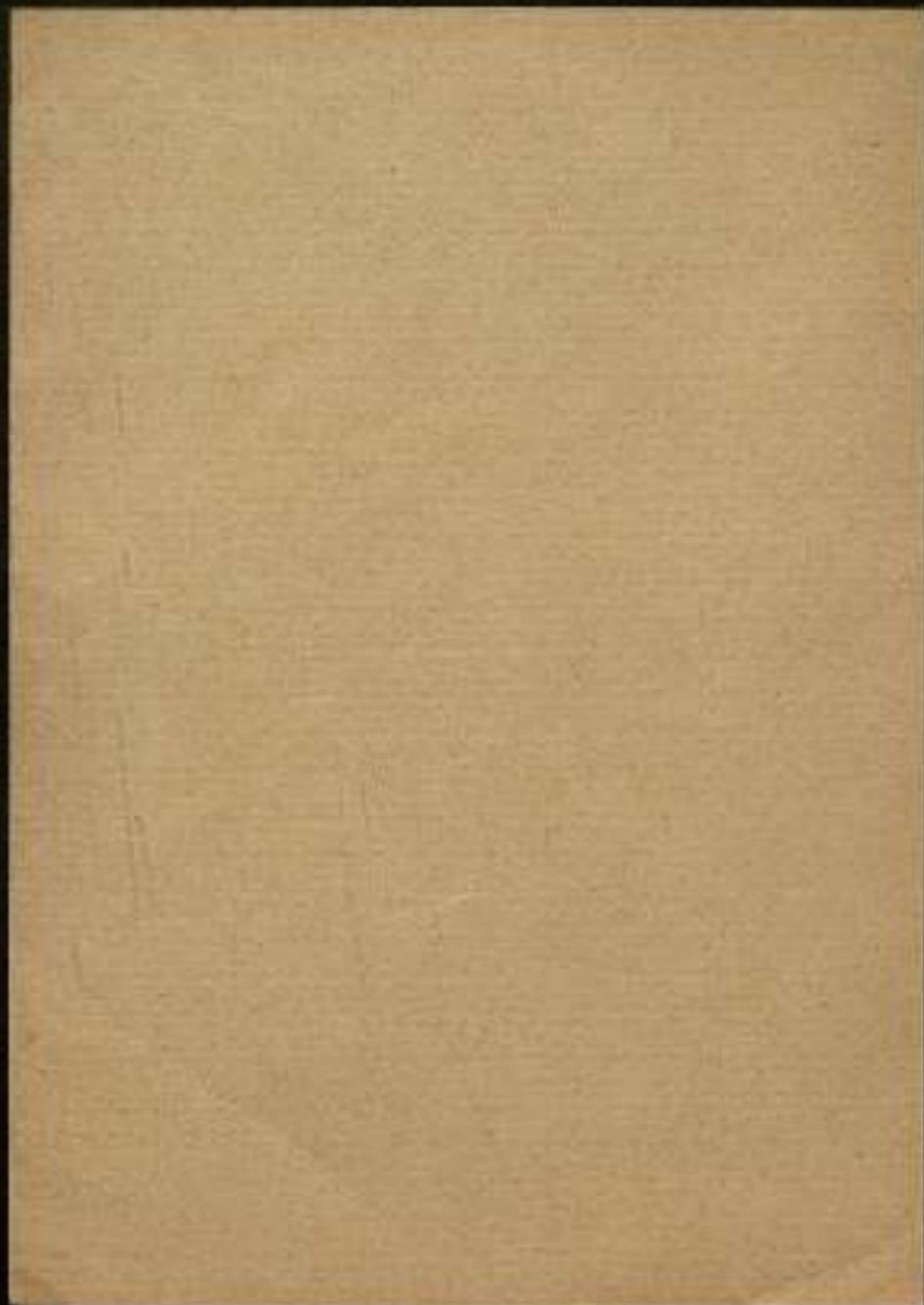


NÚMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	POSTAL-ESCENA
1	Los Hijos de París	El joven Melchior
2	Los dos hijos	El Príncipe de Tenda
3	Amor y Femenina	La Dama
4	Los cuatro hijos del apóstata	Los amores de la mujer
5	Los amores de los hombres ricos	Victorio Laportilla
6	Barba, D. Hugo	Jay, Fickens
7	En poder del enemigo	Thomas Higgins
8	El héroe	John Brown
9	En el extranjero	Douglas Mac Lane
10	Por la guerra en servicio	John Cayton
11	Murderio	Charles Ray
12	El asesino	Vivian Martin
13	Como viven las mujeres	Roscoe Archibald (Foley)
14	La fuga de la novia	Carl Bennett
15	Por volver a su madre	Wallace Hill
16	Jaqueo del dinero	Armore Legrand
17	El sermón pendiente	William S. Ford
18	Los Miserables (Español)	Harry Miles Miller
19	En el extranjero	John Turner
20	El Coloso del Milenio en París	Scott Love
21	La esposa traidora	Samuel Brown
22	El sermón pendiente	Harold Barnard
23	De casa a la escuela	Robert Paulson
24	¡Adiós! ¡Vive tu hijo!	Les Wilson
25	El canto del cuervo traidora	Samuel Brown
26	El Detective	Paul White (Foley House)
27	El marido del vino	William Turner
28	El hijo	Brookly Phillips
29	Al lado del abuelo (Español)	George Reed
30	El villano en la corte	Agnes Ryan
31	El caballo de guerra	Benjamin Parkhurst
32	Señor y dama	Caroline Thomsen
33	La Madona	Robert Williams
34	La Fingida Escocesa	Stanley Mease
35	Escuela de ciudad	J. Warren Hartigan
36	La Novela de una estrella de cine	Pauline Frederick
37	La Hija de la Reina (Español)	Henry Ray
38	¡Doy la bienvenida!	Ada Kagi
39	La Abogada del Estado	Jackie Gagan
40	La guerra de guerra	Mary Carr
41	El viento San Juan	Roger Varuel
42	Los cuernos del asno	Lillian Fish
43	París, la ciudad encantada	Alberto Caponi
44	El Tío Patricio	Eve May
45	La casa, la escuela y la escuela	Tom Mc
46	La casa de la escuela	Henry Swanson
47	La escuela del río	SARPI GARDY (Español)



HARRY CAREY
(CAYENA)



EN BREVE:

La grandiosa novela francesa

**L. C. D. L. H.
?**

